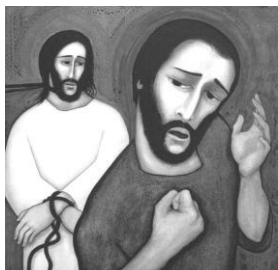


No os avergoncéis de mí y de mis palabras



- Piensa en Pedro y su querer ser fiel cuando está en la intimidad con Jesús (Mc 14, 26-29) y en su flaqueza cuando es acusado de ser amigo de un proscrito (Mc 14, 66-72).

- También puedes pensar en la figura de Nicodemo. De inicio su atracción por Jesús aparece escondida, le visita por la noche (Jn 3, 2) donde nadie le ve y puede mantener una

especie de doble juego: amistad con Jesús y vida sin problemas ante los que le rechazan. Sin embargo al final del evangelio aparece valiente recogiendo el cuerpo rechazado de Jesús (Jn 19, 38-39).

→ Intenta explicitar ante ti mismo los momentos y lugares donde escondes tu condición de cristiano, tu ser de Cristo. Piensa que puede suceder incluso ante otros cristianos o ante ti mismo.

→ Pide a Jesús el valor de ser suyo en todo momento. Pide su espíritu de valor y libertad para ser quien eres en el corazón mismo de Dios y así ser testigo de la vida verdadera (Jn 15, 26-27).

Para terminar la oración

Jesús nunca rechazó a sus discípulos. Por más que su vida pareciera no dar de sí, por más que su corazón no fuera capaz de acompañarse a su mismo espíritu... Jesús no desespera ni de ellos ni de nosotros. Si perseveramos en su compañía dejando nuestro corazón abierto a la mirada y el tacto del Señor él sabrá darnos la fuerza para la vida que nos pide.

Quizá vivamos siempre en un ir y venir entre la pasión por Jesús y nuestra vergüenza de mostrarnos suyos, entre el orgullo de su amistad y la vanidad de nuestro corazón, entre la voluntad de seguirle y la pobreza de nuestro espíritu pecador. Pero si confiamos, su Espíritu abrirá las puertas cerradas con las que nos escondemos del mundo, de nosotros mismos y de él, y la vida eterna se abrirá paso entre nosotros.



“les hablaba con toda claridad”



los miedos en el seguimiento de Jesús

Es bello saber que Jesús está a nuestro lado, encontrarnos con su presencia en nuestras vidas. Es grato acercarnos a él y dejarle caminar con nosotros determinados tramos de nuestra vida, como haciendo memoria de los encuentros de Dios con el hombre en el paraíso a la caída de la tarde (Gn 3, 8a).

Sin embargo, es más complicado responder a su llamada de seguimiento, aceptarlo no solo como compañero, sino como guía, como determinación fundante de nuestra existencia, como lugar donde nuestros pasos deben discernir su verdad siempre y en todo.

Cuando sentimos esta llamada, que no supone en principio abrazar un tipo especial de vida, sino escoger una forma de vivirla, nos echamos a temblar, surgen en nosotros mil justificaciones para ser de los suyos sin acogerle de verdad. La única razón es que sentimos un vértigo: el vértigo del miedo ante lo verdadero, el vértigo que siempre ha sentido el hombre ante lo indomitable y que se hace aún mayor cuando delante está Dios y su amor de futuro poco menos que invisible...

Y nos retraemos. Y buscamos asegurar el control sino de la vida, al menos de una pequeña parte de ella donde podamos estar tranquilos, aunque sea al precio de no alcanzar la verdadera altura de nuestro ser.

**Esta oración te invita a afrontar estos miedos
y ponerlos en manos del Señor.**

Para comenzar la oración lee *Lucas 9, 18-26*

Una vez que los discípulos por boca de Pedro le han confesado como el Mesías de Dios, Jesús se muestra claro y expone las condiciones de su seguimiento. Se trata de alcanzar la vida verdadera (ciertamente es el Mesías), pero es necesario atravesar una puerta estrecha:

- Renunciar a uno mismo* (para alcanzarse)
- Cargar con la cruz cada día* (para arrancar con él el pecado del mundo)
- No avergonzarse de Jesús y de sus palabras* (para encontrarse con su palabra acogedora a las puertas del cielo)

Vete meditando poco a poco su palabra y tu posición ante ella.

**No medites bajo el juicio de tu propia perfección,
sino bajo la mirada amorosa que Jesús te dirige** (Mc 10, 21a).

Medita paso a paso

Si alguno quiere venir en pos de mí nieguese a sí mismo

Negarse consiste fundamentalmente en poner en el centro de nuestras decisiones no los criterios que llevamos dentro, fruto de nuestra historia y de las influencias de nuestra sociedad, sino la lógica propia de Jesús.

Es a través de esta circunvalación como llegamos a nuestro verdadero ser, a la altura con la que Dios nos pensó. Esto supone:

- No buscar la altura de nuestro ser a través de la confrontación y la superioridad sobre los demás (Mc 9, 33-34), sino en el servicio del amor (Mc 9, 35-37).
- No buscar la esencia de nuestro ser en el reconocimiento de los otros (sea en el ámbito secular o religioso) queriendo ser especiales (Mc 9, 38), sino en el sencillo cumplimiento de la voluntad de Dios (Lc 17, 10).
- No buscar la seriedad de nuestra vida en las formalidades del mundo o de la Iglesia, sino en la libertad que nos da el amor de Dios que nos bendice (Mc 10, 13-16).
- No buscar la seguridad y el gozo de la vida en el poder y posibilidades que da el dinero (Mc 10, 17-22), sino en la confianza que da el sabernos hijos de Dios en sus manos (Mt 6, 25-34).

→ Detente en cada uno de los apartados e intenta percibir cómo te afecta, dónde te echas atrás, qué es lo que no quieres contarle (Mc 9, 34) porque sabes lo que te va a decir.

→ Es importante igualmente que no pienses en cambiar rápidamente, simplemente preséntale tu vida y tus miedos, el vértigo que produce en ti su palabra, y pídele que poco a poco vaya dándote la fe y la necesaria libertad del corazón para seguirle cada vez más de cerca.

Si alguno quiere venir en pos de mí cargue con su cruz cada día



No hay una cruz igual para todos, pero sí hay una cruz inevitable para cada uno en el seguimiento de Jesús. La vida tiene un peso que no se puede evitar, pero además este peso se agrava por la forma de vida que la humanidad se ha dado a sí misma a lo largo de la historia. No sabemos vivir

entre nosotros sin cargar sobre los otros el peso de nuestros miedos y pecados y los otros no saben vivir sin cargar el peso de sus miedos y pecados sobre nosotros.

Jesús invita a revertir la situación. Nos pide que en vez de cargar nuestra soledad, nuestro dolor, nuestra impotencia en forma de agresión sobre los demás la vayamos diluyendo en una entrega a Dios que a su tiempo las disolverá (Mc 15, 34-36). Y en vez de reaccionar contra los que nos cargan con su pecado, aceptarlo como el precio para llamarlos humildemente a conversión (Mt 5, 38-45/Rom 12, 14-21). Esta es la cruz de Jesús y la que nos pide:

Y abandonándole todos huyeron (Mc 14, 50)

→ **Intenta explicitar ante ti mismo** tus pequeñas cruces cotidianas en las que Cristo te invita a unirte a él renovando el mundo.

→ **Preséntale** tu miedo a su palabra, a llevarla a la práctica, tus justificaciones para cargarla sobre los demás.

→ Finalmente **pídele** que te muestre que el amor que derramó en el mundo y manifestó finalmente en la cruz, está resucitado en su cuerpo glorioso, y así vaya ablandando tu miedo al amor que te pide sembrar en el mundo también con lágrimas.